

## IDA Y VUELTA DEL CID



N la misma tarde de aquel día, el Cid levanta sus tiendas y parte con todos los suyos a Castro Nuño, para de allí seguir a Toledo.

—Amigos—dice el Campeador a sus huéspedes—, en Toledo está don Alfonso y acaso tengamos mucho que hacer por aquellos lados.

—A Toledo, pues. Todo el mundo a Toledo.

Y todos parten contentos porque aquellas mesnadas indomables prefieren pelear contra moros que estar perdiendo su tiempo en combates cuya utilidad no les parece muy clara, ni les produce entusiasmo.

Cuando los condes y ricos hombres de la tropa de don Sancho vieron partir al Cid y a sus soldados alegres cantando por los caminos, fueron hacia el rey muy intranquilos por lo que había hecho y a rogarle hiciera volver al Cid.

—Rey don Sancho, no debierais perder un vasallo como el Cid por ningún motivo. Pensad que perdéis el primer guerrero del mundo. Señor, enviad por él y no le dejéis partir de vuestro lado, que mucho perderéis.

## V. HUIDOBRO

Pasada la primera cólera, el injusto rey comprendió la torpeza que había cometido y envió a Diego Ordóñez de Lara al frente de una embajada a pedir al Cid que volviera, prometiéndole no guardarle rencor, y que le daría de su



tierra otro condado y sería siempre el primero de su casa.

Diego Ordóñez alcanza al Campeador en Castro Nuño cuando éste ya se preparaba a seguir su viaje hacia Toledo.

—Cid famoso, nuestro rey me manda a vos.

Al oír las palabras del rey en boca de su embajador, responde el Cid:

—Decid al rey que en cuanto a sus ofrecimientos de

tierras y honores, los agradezco, pero no los acepto, y en cuanto al ruego que me pide volver junto a él, consultaré primero a mis vasallos.

Agasaja el Cid a Diego Ordóñez de Lara, por quien tenía gran estima, y le envió al rey con esa altiva respuesta.

—Mañana sabrá el rey lo que mis vasallos hayan acordado.

Tuvo don Sancho que tragarse la píldora de semejante contestación. Ella le hizo comprender mejor su desafuero y medir el valer del hombre a quien había ofendido, y que ahora se mostraba alto como el más alto, haciendo resaltar que su sumisión era sólo voluntaria.

Consultando a sus vasallos, el Cid prueba su habilidad política, pues les hacía ver a ellos cómo les tomaba en cuenta en los actos trascendentales de su vida, y al entregar su porvenir a la resolución de ellos, no podía darles mayor prueba de estima, ni obligarlos más finamente para el futuro.

Cuando se supo que los vasallos del Cid habían acordado volver al campamento, hubo enorme alegría entre los soldados y señores de don Sancho. El mismo rey salió a recibirlo al camino a dos leguas de distancia del campamento, con cincuenta hombres de escolta.

Al verlos abrazarse otra vez en señal de reconciliación, todos los castellanos baten palmas, bajo un cielo de alegría, entre brisas de optimismo.

Un vuelo de golondrinas bendice el campo.